
Problemas de la identidad cultural en nuestra América *

El primer volumen de la revista *Cuadernos Americanos*, de enero-febrero de 1942, publicó deliberadamente dos fecundas exaltaciones de la voluntad sin freno: de Rubén Darío y de Francisco Pi y Margall: «América es el porvenir del mundo»; «América, tú eres mi esperanza, tú estás llamada a salvar al mundo». Con estas materias tienen que ver mis reflexiones de hoy a propósito de la identidad cultural de nuestra América; aunque, en rigor, dedicaré estas notas a discutir el problema de la identidad de unos pueblos que cuentan además entre sus persistencias —acaso también como consistencias peculiares— al exilio, la violencia y la amenaza. Comenzaré por esto último.

I

La amenaza de muerte, que no es tan sólo lamento, sino elemento que determina la elección de la supervivencia, implica reconocer un fracaso, del mismo modo como la bomba atómica representa, por partida doble, un triunfo inobjetable de la inteligencia humana, de su eficacia científica, a la vez que demostración de un fracaso social. Los proyectos hegemónicos, con esto, más que vencer al enemigo, se derrotan a sí mismos; sin embargo, de esta derrota o fracaso emerge, no sólo la amenaza, sino una valoración que hace al primado de la vida. Sostengo, pues, la tesis que dice: el hombre es cultura y la cultura la más grande amenaza para el hombre. Con otros términos diría: a través de la cultura, con ella y por ella, el hombre ha llegado a ser el hombre; pero a través de la cultura se han causado también grandes males al género humano.

Acaso proceda de estos territorios nuestro afán de definiciones y redefiniciones continuas de lo que es esencial; nuestra ansiedad de diálogo; nuestros esfuerzos coloquiales; la búsqueda —por llamarle así, con una categoría que ya se me hace tradicional y conservadora—, la preocupación —dirá mejor—, inconteniblemente subversiva de lo que tiene valor. Y es que hemos estado y estamos a punto de perderlo todo. Tengo la convicción de que esto que nos preocupa y que nos quiere llevar a pensar nuestra integridad y nuestra identidad le debe mucho más de lo que se cree a la fragilidad del mundo en el que hemos vivido, a la proximidad de la muerte violenta. Integridad e identidad no son lo mismo, ciertamente, pero se articulan alrededor de la amenaza, el exilio y la violencia: la primera (integridad) como defensa, y la segunda (identidad), como acta de defunción.

* Conferencia sustentada por el autor en The Catholic University of América (Washington D. C.), el 10 de octubre de 1984, durante un evento organizado por el Departamento de Lenguas Modernas de esa Casa de Estudios a la Consejería Cultural de la Embajada de México en Washington.

Con esto no justifico, sólo me explico su aparición en el terreno de la filosofía y la cultura americana. Paradójicamente, buscamos nuestros vínculos, el rastro y el rostro de lo que somos, porque contamos con la vulnerabilidad del hombre y con una idea no religiosa de la cultura. Estas preocupaciones nuestras se han desarrollado cuando comienza lo que Brecht llamaría mala costumbre de estar preparados para vivir al borde del abismo, cuando la sociedad se organiza para eso, y de tal manera que la riqueza de unos cuantos se hará cada vez más grande conforme se perpetúa el peligro. En efecto, la costumbre de vivir amenazados sirve también para proteger a las fuerzas que producen y mantienen la amenaza. Por qué no decir que constituye un aparato de reproducción de esas fuerzas desde el campo de la vida cotidiana.

Apuntando más directamente a una de esas persistencias de nuestra América (y que algunos filósofos americanos las convierten en consistencias), afirmarí­a que en relación con la amenaza nosotros casi nos obstinamos en declararnos o sentirnos exiliados en nuestro propio continente, al mismo tiempo que mantenemos en alto la bandera de nuestros vínculos más estrechos. Es cierto —como dije— que la integración actúa en defensa propia, pero no lo hace al precio del exilio, o de las exigencias que implican ser, estar o sentirse exiliado. La amenaza que hace al exilio acaba por deformar al exiliado en la vivencia misma del destierro en nuestro continente. Digamos que lo transforma, lo forma, lo arma y lo desarma; lo hace finalmente un no exiliado o, si se prefiere, lo exilia de su exilio o lo desexilia. Le hace pensar que a cada objeto de amenaza aislado le incumbe igualmente el peligro, de modo que a través de su vivencia en América Latina se supera no sólo el exilio, sino el desgarramiento que le acompaña; se aprende a gozar lo sufrible, a practicar en un terreno gozable lo que se tiene por sufrimiento. Si esto no fuera así —quiero decir, si persistiera el desgarramiento—, ¿de qué integración auténtica podría hablarse? Hay entre el sufrimiento y la posibilidad misma de universalidad o de integración un esfuerzo antinostálgico tenaz; y es que la integración —lo universal— jala contra el destierro; contra el ser escindido; contra el ser de medio ser; sin embargo, también el destierro empuja contra el destierro y obliga al exiliado a asumir el papel de ser que va refinando y afinando su odio.

Al fin y al cabo, la expulsión del paraíso —si se asume como tal *sin concesiones*; me explico; *consciente* de que sale a *vivir* en otro terruño —lo hace un hombre de veras apto para gozar el despojo— más íntimo por más lejano; desterrado de veras que se apropia finalmente toda la tierra. Mas, el expulsado que tiene la patria atravesada en la garganta no vive, sufre; pero no sufre el destierro (no tiene motivos, porque jamás ha sido tal), sino la burla de su propio exilio, sumido de veras en el recuerdo. Así pues, el calvario del exiliado no es su destierro, sino su mascarada, su falta de discernimiento. Aquí su falta —digo carencia— es también su pecado. Ha de aprender a integrarse; habrá de saber que cuando pidió asilo perdió la inocencia.

Si al emplear la categoría de exilio en esta parte del mundo late ya —en este caso— una barbaridad (empleo el término en su sentido más estricto) —donde cada nacional es *bárbaro* ante otro pueblo—, la amenaza y la realidad de hecho del llamado exilio y el sufrimiento desgarrado procesan, por su parte, algo todavía más bárbaro (ahora uso

el término en su acepción cotidiana): el exilio como experiencia gozable en su negatividad.

No digo que niegue la patria nacional de origen; afirmo que la dimensión del sufrimiento y la nostalgia encuentra en el exilio —cuando se es un exiliado de veras, no de burla— el antídoto vitalizador que ensancha nuestras concepciones estrechas. La categoría misma de destierro merece ser considerada como despojo fecundo: solamente desterrado puede el hombre alcanzar las cimas de la auténtica solidaridad. Solamente des-terrados hacemos de una América a secas *nuestra América*. Visto así, el destierro es administración de salud que se conquista como enfermedad. A propósito de nuestros afanes integradores, permítanme el gusto de decir aquí esta paradoja: la amenaza bárbara (del destierro) acaba con nuestra barbaridad.

Hay también en esta proposición algo de poesía secreta. En nuestra América la historia es la historia de los que hacen la historia, pero es también la historia de los que sufren la historia y que, sin embargo, gozan aquella tarea devastadora. Es cierto que la utopía de Bolívar no se ha cumplido; pero el exilio en esta parte del mundo es utopía del sueño empecinado. Aprendemos a ser *nosotroamericanistas* en el destierro y gracias a que somos desterrados; tan sólo porque en esta experiencia —que tiene que ver con la gran lucha por la vida— uno descubre también su pequeña lucha contra la vida, la que se alimenta del recuerdo y por la cual uno debería confesar: sólo he vivido ayer. Desterrados advertimos que la desnudez del hoy o del presente, en espera de lo que no se ha sido, y que se desea, no envejece. Con estos elementos introductorios quisiera plantear ahora la segunda parte de estas reflexiones.

II

Desde luego, la preocupación por aquello que pretende definir al hombre de nuestra América le debe mucho a la fragilidad del mundo en el que vivimos y hemos vivido. Toca a las puertas de la muerte o de lo muerto, o de lo irremediable, o de lo previsto *a posteriori*. En rigor, cualquier esfuerzo de identificación o proceso de identidad es recuerdo tenaz de lo que ha sido. Lo que es peor, recuerdo petrificado que se impone al presente (y que *embarga* al futuro) con la pretensión de explicarlo. Digo quién soy *ahora* con materiales de *ayer*; acabo por definirme con aquello que es irremediable; pero al definirme así me acabo; y acabo conmigo como posibilidad.

Esta exaltación de lo posible es lo que hace la dimensión ética por excelencia del hombre, aquello que lo sostiene como un ser activo e infinito; como un ser que quiere, que desea, que funda lo que es en un espacio de incógnita y que sólo admite su formulación como querer ser; fundado en un combate cuyo propósito es no olvidar lo que *no* ha sido, no precisamente destinado a recordar lo que ha sido, sino aquello que hace de América una esperanza. «Si me olvidase de lo que no he sido —escribe Antonio Porchia— me olvidaría de mí.»

Exacta y rica proposición contra el furor que pretende aquietar el querer —o formular mi identidad— con objetos siempre finitos, o con una invocación al pasado para decir quién soy. En efecto, si me olvidase de lo que *no* he sido, me olvidaría de mí: a tal punto soy lo que quiero ser; a tal grado el recordar lo que he sido se olvida

de mí como actualidad, como posibilidad y como esperanza. Dejo de ser entonces, y dejo de ser preocupación. ¿No es acaso esta consistencia de continente de alternativas —fundamento de su incógnita, de lo que puede ser, fundado a su vez en lo que no ha sido— lo que preocupa a los Estados Unidos en esta parte del mundo?

Mas, sin embargo, si a fuerza yo soy el que soy y no el que no he sido, entonces —cuando me identifican así, con una fórmula que me saquea de futuro— si bien dicen mi nombre no dicen todavía quién soy. Afortunadamente, el hombre —a diferencia de lo que produce—, aunque está en contacto con las cosas y le acecha el peligro de ser identificado con ellas y por ellas, es lo que quiere ser. Tal posibilidad hace la imposibilidad de que el nombre diga más que mi nombre. Pero esto no es defecto del nombre, sino virtud del hombre que no lo permite.

Cuando se discute el problema de la identidad —y ésta se finca en la cultura—, conviene recordar que la cultura es síntesis del poder: que toda ella no es una entidad pasteurizada, sino representación de lo que la sociedad como tal —en sus relaciones de poder— bautiza como saber, verdadero y bueno. De aquí que toda cultura se caracterice por un desmedido amor a la verdad (que le permite juzgar, vigilar y castigar); verdad que siempre procede de ciertas creencias que después se imponen como lo verdadero. La cultura es una relación social en la que la violencia no está excluida.

De acuerdo con esto, lo que llamo voluntad de identidad —que ya es parte sin discusión, sin crítica, de una voluntad de lo verdadero— está incluida en el juego de la dominación, autentificada o legitimada por el esfuerzo intelectual que, como práctica de privilegio, parece consagrarlo todo. Habría que examinar esta cuestión, porque la idea de identidad (cultural) y su defensa, o la argumentación que pretende comprenderla, de hecho justifica las relaciones de poder o de dominación que la cultura representa. En nuestro caso, en un continente de tiranos, quizá deberíamos aprender a destruir la tiranía de la identidad, puesto que en su trasfondo inmediato consagra hábitos, costumbres, valores, ideas, opiniones, prejuicios, que por regla general sirven al mantenimiento y reproducción del régimen de relaciones establecidas. Advirtamos, asimismo, que la palabra que nombra o define, a la vez que significa una representación determinada del mundo, del hombre y la cultura, implica —decía Alfonso Reyes— una voluntad. En efecto, la palabra que identifica no sólo encierra aromas de intelección, sino explosivos de intención. De aquí que toda retórica sea también una ética. Digamos: toda cuestión de denominaciones es una cuestión de dominaciones. Hay en la identidad y en el proceso mismo de la identificación una intención determinada en juego, intención que en política constituye una prédica o una campaña.

Reyes llegará a ser, tal vez, demasiado severo a juicio de los filósofos que sostienen el problema y la noción de identidad cultural. Lo que da nombre —escribe— funciona como quiste lingüístico, como coagulación muerta en el flujo vivo del hombre; sin olvidar que la palabra que define, define un molde, una manera de cárcel para la vida. Nietzsche, deliberadamente, había sostenido que toda *persona* es una prisión, en un discurso en el que la categoría de persona alude al ser identificado.

Más aún, los filósofos que fundan la identidad en las peculiaridades, encontrarán

en Reyes a un pensador para quien las peculiaridades constituyen la periferia de la cultura que, por lo mismo, puede llegar a la completa indeterminación. De aquí que, si la identidad quisiera definirse por las peculiaridades, no tocaría lo que a juicio de Reyes es fundamental: los universales. Sin contar que esa peculiaridad que tanto sirve a los filósofos de la identidad es ya cosa de muchos y, por eso, tal vez de poca entidad.

En el esfuerzo filosófico en pos de la identidad hay, pues, cierta voluntad de poder en su aspecto más intelectual: voluntad de crear el mundo. Con la identidad se cree en un mundo, y se lo crea y se lo impone como acto bautismal —que no descarta ni la vigilancia ni el castigo— al colectivo social. Aunque hay también —como hemos indicado— el propósito de reconquistar una posesión de otro tiempo. Si nos identificamos a fuerza (subrayo la violencia) con lo que hemos sido, ni duda cabe que en la cuestión de la identidad habita una noción supersticiosa, vestigio de viejas creencias, entre las que se encuentra la del «alma inmortal». La identidad es prácticamente un milagro. Acaso la problemática misma sea también un *hábito* filosófico, procedente de viejas costumbres intelectuales, de viejo cuño en filosofía, y que reza: nada es nuevo. Quizá el discurso *buscarráíces* ha echado ramales de sombra desde entonces hasta hoy. Pienso que con un poco más de vigor, de imaginación y de creatividad, podemos ir más allá, dotarnos de una voluntad de salto y asalto al porvenir, sin miramientos con el pasado, hacia una historia sin memoria.

Si somos el continente de la esperanza ¿qué es esto de decir *a priori* quiénes somos si todavía tenemos que ser o queremos ser y si en este proyecto lo que «somos» es una incógnita poblada de diferencias? ¿La identidad no cancela ya todo proyecto de ser otro? ¿No oculta en su meollo una parálisis del mundo americano?

Pero, ¿por qué hemos de creer en estos juicios *a priori*, fabricados por nuestros propios intelectuales para «abrir el camino» a nuestra «liberación»? *Virtus dormitiva*, estas verdades, por más que nos identifican, cuanto más no identifican, más vigor dan a las cadenas. Parto de la tesis de que la cultura —toda cultura (como toda moral)— forzosamente es tiránica, fuerza o aparato de dominación. Aunque se diga o se hable de una cultura liberadora, en cuyo nombre se prohíba la cultura «tiránica», lo cierto es que aquélla también lo es desde que prohíbe o se alza contra ésta. Sin embargo, esto no es una objeción o una crítica; la crítica de ese carácter tiránico procede precisamente del intento cultural que quisiera ordenar la prohibición de su tiranía. No se puede negar que en toda revolución, y en particular en toda revolución cultural, se presenta el momento decisivo en el que la pregunta es, ¿y ahora quién me libera de ti?

Así pues, cuando se afirma que nuestra identidad cultural está amenazada por cierta penetración cultural (a la que se agrega el aparatoso adjetivo «extranjera»), lo que en realidad no se advierte es lo que sucede en realidad: que la cultura toda ha sido, y sobre todo es, una amenaza de vastas proporciones, penetración violenta; que su forma y su contenido son las de un fenómeno que se impone, y que destila amenaza; y, por otra parte, que la identidad —que la justifica— reproduce la amenaza, contribuyendo a crear un mundo vigilado y castigado por la certidumbre; un mundo sin oposición y sin crítica. Pero esto tampoco es una objeción de mi parte —a tal grado mi optimismo—; constato un síntoma grave que aflige al hombre de nuestro tiempo que, desesperado y fatigado, ansioso de algo firme, en medio del abismo y la

amenaza de perderlo todo, adopta finalmente o acepta o admite la verdad que se le impone: prefiere morir (identificado) antes que morir en la duda. Sin duda, la identidad es una adaptación para nosotros mismos.

Ni cuenta nos damos que al elaborar cierta identidad —*a posteriori*—, a la vez que justificamos el pasado-presente en lo establecido, se asume pacíficamente lo que en su momento fue una brutal penetración cultural extranjera en la América prehispánica. Mas hoy forma parte de lo que se denomina nuestra identidad. ¿Qué sentido tiene protegernos de «lo extranjero»? ¿Acaso hay «lo extranjero» en el campo de la cultura? Observemos que en Centroamérica esta misma idea defensiva sirve justamente al propósito de la agresión imperialista en esta región del mundo.

¿Se pregunta el analfabeto qué quiere aprender o se le impone la verdad del que sabe una cierta verdad que además se valora como buena? ¿El analfabeto es analfabeto de qué? ¿No se castiga y vigila al que aprende para que aprenda aquello que se le enseña y que debe aprender? ¿Acaso no se le enseña también a aprender, no se lo califica y/o descalifica en relación con esto? La cultura todo lo destruye y todo lo crea. ¿Por qué habríamos de tener —por otra parte— una identidad cultural libre de amenaza? ¿Qué cultura sería aquella que no impusiera sus verdades? Pero por qué a la amenaza de la cultura habríamos de agregar la de la identidad, que significa precisamente suprimir esa especie de contra-verdad que día con día es lo que salva al hombre cuando se atreve a inventar el valor de la voluntad de permanecer en la incógnita. Insisto en que esto no es una crítica (no hay motivo alguno para ser pesimista en este terreno); tampoco es un elogio (puesto que no hay motivo para el optimismo). A este propósito lo más que puedo hacer es una proposición: ser ciudadanos o filósofos del peligroso *quizá*.

He aquí que tenemos ciertos elementos para pensar una historia y una ética trágica: el hombre no puede prescindir de la cultura: con ella peca y se hace hombre; pero la cultura es, al mismo tiempo, el agente más efectivo de su propia destrucción. Parecería que el hombre no puede conocer a fondo, sino a costa de morir. Me pregunto: ¿cuánta cultura puede soportar con vida? Parece ser que la «búsqueda» de lo profundo hunde al hombre; ¿lo sepultará sin duda, lleno de certidumbres? Quizá un día se avergonzará de lo que hoy tanto se enorgullece, y entonces vomite todo su saber, una especie de nada, fanática y muda; y con ello todo rastro y rostro de identidad.

MANUEL S. GARRIDO
Av. Coyoacán, 1035
Col. Del Valle
Delegación Benito Juárez 03100
MEXICO D. F.